

## LA ETICA ESTOICA Y EL PENSAMIENTO MODERNO

Grande y cada vez más creciente ha sido la influencia del pensamiento estoico en las tendencias filosóficas, jurídicas y religiosas de la Edad Moderna. Particularmente, en el estado actual de la cultura universal, se nota un continuo y renovado interés por el estudio de este sistema filosófico, que tantas discusiones provocó durante su apogeo y que tan admirado es hoy por su gran prodigalidad en éticas y sabias enseñanzas. Toda la crítica moderna ha reconocido el influjo avasallador del estoicismo, en el largo transcurso de la Historia Medioeval y Contemporánea. En las disciplinas jurídicas ningún jurista ignora hoy, las maravillosas soluciones a que ha dado lugar la aplicación de sus doctrinas filosóficas y políticas, en ciertas ramas del Derecho Público como el Derecho Penal y el Internacional, y, en otras ramas del Derecho Privado, especialmente en las sucesiones y en general, en los Derechos familiares. El autorizado publicista alemán K. Hildebrandt, en su reciente libro: "Historia y sistema de la filosofía del Derecho y del Estado", el eminente crítico Paul Barth, en su libro sobre los Estoicos y el gran ensayista Franz Vollman, en sus últimos estudios, han contribuido en forma valiosísima a demostrar con argumentación clara y profunda, escasa por demás en esta época, la veracidad científica de esta influencia estoica, en la moderna filosofía jurídica.

Pero no solamente en el campo jurídico, político y filosófico, sino también en el estrictamente religioso, la filosofía estoica y sobre todo su ética, ha determinado en forma decisiva nuevos e interesantes horizontes culturales. El estoicismo, al vincular el postulado ético con la realidad humana, proclamó la afirmación del mundo moral, en el cual los seres humanos deben practicar el bien recíprocamente, por la virtud y la moderación. Esta vinculación del ideal ético y el mundo, difiere notablemente de otros sistemas filosóficos, especialmente de la India, donde la ética implica la negación de la vida y el mundo, el principio de la no actividad material. Sólo últimamente modernos pensadores indúes, saliendo del antiguo error de sus antepasados, creen hoy con el cristianismo, en una afirmación del mundo que tenga como fundamento un idealismo ético. El Estoicismo antiguo creyó también en una unión de la ética y el mundo; pero fue una concepción con miras a un mundo puramente visible, desprovista de un amplio sentido de piedad y de caridad, el cual sería después la norma de la ética cristiana, basada en un mundo superior e invisible. El cristianismo basa toda su filosofía ética en el amor ilimitado del hombre hacia Dios y hacia todos los seres humanos.

No obstante las diferencias que separan al Estoicismo del Cristianismo, no puede dejarse de reconocer la influencia que ha tenido en el posterior desarrollo de otras filosofías. Esta influencia ha sido notable, ante todo por las explicaciones filosóficas que ha dado de ciertos problemas teológico-religiosos aparentemente insolubles; por la brillante exaltación del deber, de la voluntad y del pensamiento; por la proclamación del principio supremo de fidelidad a nuestra conciencia y por su concepción religiosa de la Divinidad. Y toda esta serie de fecundas circunstancias, ha hecho que ciertos tratadistas modernos hayan vuelto impacientemente sus ojos hacia los antiguos e inmortales filósofos estoicos, en busca siempre de una inagotable fuente de saber, moral y religión. Ya en Alemania, en Inglaterra y en Francia, esta tendencia se hizo manifiesta con gran intensidad en los pasados siglos, y así fue muy común hablar de la Teodicea estoica de Leibnitz; del concepto estoico del derecho natural en los precursores del Liberalismo: Grocio, Locke y Montesquieu; de la teología estoica de Lutero y de Zuinglio, de los elementos estoicos de Spinoza y de Hobbes y de la ética estoica de Kant, de Goethe y de Descartes. Y si lanzamos una mirada a las civilizaciones más antiguas encontraremos por doquiera gérmenes estoicos. Gérmenes estoicos hallaremos en los más antiguos escritores cristianos, ideales estoicos encontraremos también en los que heroicamente ofrendaron sus vidas para ser fieles a principios que consideraron superiores; doctrinas estoicas se hallarán igualmente en algunos filósofos patristicos y en los ascéticos de la España de la Edad de Oro; estoicos fueron los esforzados paladines de las novelas de caballerías y estoico a su manera fue, finalmente, el más grande y el más célebre de los héroes de la literatura cristiana de todos los tiempos: el muy hidalgo y muy noble caballero Don Quijote de la Mancha.

Intima es, pues, la relación de la filosofía moderna con la ética de los antiguos pensadores estoicos y ella explica hasta cierto punto la gran cantidad de confusiones que algunos autores suelen hacer de doctrinas estoicas y cristianas. Estas conclusiones han sido generalmente fatales para el cristianismo, ya que ciertas analogías no pueden de ninguna manera implicar igualdad. La semejanza unas veces real y otras aparente entre doctrinas estoicas y cristianas, no autoriza su confusión, ni tampoco la afirmación exagerada de que siempre coincidan. Es sabido que mientras las doctrinas estoicas, en el campo de la religión, consideran la verdad, la virtud y el bien como conceptos puramente prácticos y humanos, los filósofos cristianos las han considerado siempre como ideales trascendentales para llegar a una vida superior y eterna. Mientras los precursores del estoicismo se mostraron inflexibles con todos aquellos que violaron sus doctrinas, las prácticas cristianas, al contrario, proclamaron la benevolencia, la misericordia y el amor hacia todos nuestros semejantes, establecieron un concepto superior e ilimitado de la caridad y la piedad y repudiaron siempre todo aquello que implicara odio, rencor, crueldad, injusticia. De todo ello deducimos cuán vago concepto se ha tenido generalmente de estoicismo y cristianismo, y surge aquí entonces la necesidad de precisar

los principales postulados éticos de la filosofía estoica, con el fin de llegar a una exacta y consecuente relación con la filosofía cristiana.

En la ética se encuentra concentrada la esencia de todo el sistema estoico, y ella ha sido la determinante de su gran celebridad. Los filósofos estoicos consideraron siempre la ética como la parte más importante de la filosofía. Ya Zenón, el fundador de la inmortal Escuela Griega, consideró la filosofía como la ciencia de las virtudes, y posteriormente Séneca hizo de la ética la norma básica de su doctrina y de su vida, de la misma manera que Epicteto y Marco Aurelio insistieron una y otra vez acerca del sublime valor de las acciones morales en la vida del hombre. La predilección por la ética fue, pues, general en todos los seguidores de la Escuela Estoica. Tan notable preferencia se explica claramente por las múltiples concepciones de la vida y por el nuevo orden de cosas, que trajo consigo la caótica decadencia de las instituciones políticas al finalizar el mundo antiguo; la cual decadencia produjo como consecuencia inevitable el predominio de sistemas anárquicos, la revolución cultural, el florecimiento del individualismo y la preponderancia de la moral sobre la política. Con tales precedentes el estoicismo, cuya ética se convirtió más tarde en la depuradora de las decrépitas costumbres de una cultura ya en su ocaso y en la restauradora de más puros, espirituales y nobles ideales. Y por virtud de este proceso fue el sistema estoico, con sus magnas tesis filosóficas, el encargado de dar fin glorioso y culminante a la más floreciente de las culturas que haya tenido el Universo.

Dentro de la ética de los antiguos estoicos, destacan por su gran profundidad e importancia las concepciones de sentimiento, virtud, bien, deber y felicidad. Nos ocuparemos primeramente con el sentimiento, el cual fue para toda la escuela de Zenón el más importante de los fenómenos de la vida psíquica y la causa única y decisiva de los apetitos, impulsos y representaciones. Estos tres actos se derivan, por tanto, de una fuente única: el sentimiento. Pero el sentimiento puede a la vez tomar formas múltiples, y entre tales manifestaciones, se encuentran el "temor" o el "deseo", el "placer" o el "displacer". Para el estoicismo las anteriores formas sentimentales no corresponden a un sentimiento ético, son por el contrario, estados morbosos, perturbaciones del alma o extravíos morales, frutos necesarios de voluntades débiles e ineducadas.

El temor o el deseo, el placer o el displacer, son, pues, las cuatro principales categorías de los llamados "sentimientos irracionales". Pero al lado de estas cuatro categorías de sentimientos se encuentran igualmente los que Séneca denominó "afectos nobles", según lo atestiguan Bonhoffer y A. Dyroff en sus diversos estudios sobre los estoicos. Los "afectos nobles" son la más alta expresión del sentimiento ético, y como tales, se encuentran siempre en perfecta armonía con la razón y la voluntad. A los "afectos nobles" pertenecen los sentimientos de "precaución", "alegría" y "recta voluntad". Los afectos racionales o afectos nobles constituyen el primer paso hacia la práctica de la virtud.

El concepto estoico de la virtud tiene características notables. La éti-

ca socrática equiparó la virtud a la verdad y no tuvo en cuenta los extravíos de la voluntad. La virtud, como atributo puramente intelectual, independiente también de la voluntad. Posteriormente, en Aristóteles y en los filósofos siguientes, se halla expresado un concepto de virtud, en el cual la voluntad tiene ya una importancia relativa. Finalmente, esta tendencia adquiere su culminación máxima en la filosofía estoica, la cual consideró a la voluntad en su verdadero valor. La mayoría de los filósofos estoicos, al mismo tiempo que reconocen en la virtud un elemento racional, aceptan de la misma manera, al lado de éste, un elemento volitivo indispensable para llegar al dominio de la virtud. Esto explica el por qué suele encontrarse con frecuencia en sus escritos, ciertos pasajes en los cuales, al hacer referencia a la virtud, tratan de explicarla como el bien que sólo puede ser adquirido después de muchas luchas y de arduos sufrimientos. En la filosofía estoica los conceptos éticos están vinculados ya con la metafísica, y en esta forma su concepción ética de la virtud adquiere una unidad y rigor que no se encuentra en la filosofía anterior, donde la ética se consideró independiente de la metafísica. Según la concepción estoica, la virtud debe implicar la verdad que, en sentir de Epicteto, es sencillamente la fidelidad a nuestra propia naturaleza, o sea la sinceridad del hombre para consigo mismo y para con sus semejantes. Como quiera que la virtud debe ser una de las mayores aspiraciones del género humano, siempre deberá estar estrechamente vinculada, con el ideal supremo de felicidad.

De lo anterior puede concluirse que el concepto estoico de virtud tiene ante todo dos elementos esenciales: el primero de ellos es indudablemente un elemento intelectualista y racional en virtud del cual algunos filósofos como Séneca, llegaron a la equiparación de la virtud con la recta razón; el segundo es un elemento voluntarista, representado por la misión de la voluntad en el ejercicio de la virtud.

El concepto opuesto de la virtud es el vicio, al cual consideraron todos los filósofos estoicos como el peor de los males. La misma unidad y rigor que sirven para caracterizar el alto concepto de virtud, deben servir también para caracterizar al vicio, que según Zenón es siempre un mismo sujeto, con máscaras diferentes. La voluntad mal dirigida, la falta de sinceridad y el abandono de los principios éticos primordiales, conducen irremediablemente al vicio.

La concepción estoica del bien es una síntesis de los conceptos éticos de la filosofía anterior. Todos los filósofos del estoicismo estuvieron de acuerdo en considerar la virtud como el supremo bien, el bien moral por excelencia. Pero la virtud tiene a su vez sus ramificaciones o atributos, tales como la libertad, la felicidad, la recta razón y la bien dirigida voluntad, los cuales pueden considerarse como bienes secundarios. Aquellas cosas sobrenaturales fuera del alcance del hombre no pueden clasificarse como bienes propiamente dichos. Bienes son, en general, todos aquellos valores universales que se encuentran dentro del poder limitado de la cria-

tura humana y que directa o indirectamente tienden a procurar el bienestar moral de la humanidad.

Muchas y muy diversas son las categorías de bienes aceptadas por los estoicos; pero todas ellas parecen eclipsadas por la virtud, proclamada por el estoicismo como el bien supremo. Para los estoicos, el sabio debe ser bueno, por encontrarse en superiores condiciones a los demás hombres, para llegar a la adquisición de la virtud y para elegir entre todos los valores los más acordes con su naturaleza privilegiada. Por consiguiente, en el estoicismo encontramos el mismo culto por la sabiduría que encontramos en la ética socrática y platónica. Los estoicos afirmaron que únicamente el sabio podía escapar a las perniciosas influencias del vicio y aspirar a una vida mejor, mediante el perfeccionamiento espiritual.

Otro de los conceptos sobresalientes de la ética estoica y que sólo es peculiar a ella en el panorama filosófico antiguo, es el concepto de los deberes humanos, al cual se le atribuye en la ética moderna trascendencia especial. Consideraron aquellos antiguos filósofos que todo hombre, por la mera razón de su existencia, tenía la obligación imprescindible de cumplir ciertas funciones, impuestas por las necesidades de la vida. Además, creyeron que esta imposición de los deberes que tenía cada hombre podía manifestarse externamente bajo la forma universal y coercitiva de leyes y costumbres. En el caso especial del sabio concluyeron que los deberes eran un simple imperativo de su recta razón y de su bien dirigida voluntad. Desde los estoicos principió a distinguirse con claridad entre los deberes humanos y los divinos, según que se refirieran a los deberes de los hombres entre sí o a los deberes de los hombres para con su Creador. Además de estas dos categorías de deberes concibieron los estoicos una tercera clase compuesta por todos aquellos deberes que de una manera general atendían al interés, conservación y bienestar de la colectividad, y que a pesar de encontrarse dentro de los deberes humanos, sin embargo, por su carácter especial, se catalogaron en una tercera clase que podría denominarse con el nombre de deberes del hombre para con el Estado. En este punto la ética estoica se caracteriza ante todo por su ideal de solidaridad social y por el profundo respeto que profesa ante todas las instituciones del Estado.

Con los precedentes anteriores puede establecerse en forma más o menos precisa, la relación existente entre el pensamiento ético de los estoicos y las actuales tendencias del pensamiento moderno. La breve reseña que se ha hecho de sus principales concepciones éticas indica hasta cierto punto cuáles son las diferencias fundamentales y cuáles también las relaciones del estoicismo, con las doctrinas cristianas. Los estoicos tuvieron un mérito inapreciable al elaborar una norma de vida y de moral, en una época de confusión y de crisis. Cuando el pueblo griego, destrozado por la confianza en su propia grandeza, se sumergía en una terrible era de decadencia jurídica, política y filosófica, surge del caos reinante el estoicismo y proclama como solución salvadora una regla ética para todos los hombres. Empero, esta moral estoica se limitó a un mundo terreno y visible, sin pe-

netrar en ese hermoso mundo invisible y desconocido cuya infinita grandeza nos la mostró más tarde el Cristianismo. A pesar de esta deficiencia de la ética estoica, es indispensable aceptar con Paul Barth, que "el estoicismo de la antigüedad ha ayudado no poco a una parte de la posteridad moderna europea, a resolver los problemas del pensamiento y de la vida". La filosofía moderna no puede, por tanto, permanecer indiferente ante un sistema filosófico de la magnitud del estoico, sino que, por el contrario, debe situarse en un justo medio y reconocer en él uno de los sistemas filosóficos más influyentes de la Edad Moderna y el más grande de los tiempos antiguos por su eticidad.

SAMUEL SYRO

★

## UN HUMANISTA PERPLEJO

"¡Oh cuerdo que tu elogio le diste a la Locura!"  
—GUILLERMO VALENCIA.

El nombre de Erasmo despierta en la mente del hombre culto el recuerdo de polémicas y disputas que pasaron a la historia con el soplo tormentoso del gran cisma que rompió la unidad de la Iglesia Católica y llevó a la arena de la lucha ardiente a los cristianos de la vieja Europa. Porque Erasmo pretendió en vano llevar a ese campo el verde ramo de la paz, porque se empeñó en una ingrata y por demás estéril obra de concordia, de tolerancia y de apaciguamiento, católicos y protestantes se lo disputan como suyo y alguien dijo, ateniéndose simplemente a las apariencias, que el huevo del protestantismo había sido puesto por Erasmo y empollado por Lutero. Para mi inexperto juicio el polígrafo de Rotterdam, el consumado humanista de su tiempo y de todos los tiempos, no dejó de ser nunca católico, y si bien sus inclinaciones a la crítica y sus dotes de ironista lo llevaron muchas veces a ridiculizar a frailes, monjes y religiosos, aquella crítica estuvo siempre encaminada a zaherir los usos y costumbres de las gentes de hábito, pero nunca a remover los cimientos de las doctrinas y dogmas, ni aun la propia autoridad de la Iglesia, o sea de la piedra angular sobre la cual ella se fundó y sobre la que reposa por la eternidad de los siglos.

Tienen los genios el privilegio, no acertaría a decir si envidiable o ingrato, de promover en torno de ellos y de sus creaciones, junto con la admiración de sus coetáneos, la de opiniones apasionadas y contradictorias. Sus admiradores consideranlos cumbres de sabiduría y virtudes, guiones y maestros; sus adversarios, inteligencias extraviadas y sentinas de vicios o pecados. En suma, los hombres superiores son dicutados en vida y se continúa discutiéndolos después de que desaparecen. Los bandos formados pa-